



Consejo Editorial

Manuel Burgos Narváez
Pantaleón Narváez Arrieta
Jorge García Usta

Comité Asesor

Pedro Badrán Padauí
Alfonso Múnera Cavadía

Colaboradores

Pedro Blas Julio Romero
Rómulo Bustos Aguirre
Alfonso Muñoz
Pedro Vargas
Segrid Herrera

Ilustraciones

Dalmiro Lora Cabarcas.

Diseño y montaje

Octavio Morales Franco

Licencia en trámite

Apdo. Aéreo 5146
Cartagena-Colombia

Mayo de 1980

EDITORIAL¹

En Cartagena hemos vivido echándonos mentiras con el ánimo de perpetuar una tradición cultural retardataria y feudal. Con algo de aristocrática nostalgia se recuerdan aquellos años en que nuestra muy señorial ciudad era paradigma de cultura y de grandeza en las artes y en las letras: Reluce el viejo bodegón con su cola de leyendas y los juegos florales con poetas y prosistas de lo clásico, coronados en solemnes ceremoniales. Siempre bajo el lente del más perpetuado de los atrasos culturales, reproduciendo una y otra vez la enmohecida perspectiva del pasado, la tradición se hizo carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre.

Sin embargo, la historia suele ser más prosaica. Una reflexiva mirada sobre aquellos gloriosos años termina produciendo la impresión de las grisuras áridas y desiertas. De la larga y fantasmal procesión de afamados escritores y eruditas publicaciones, sólo brilla con luz propia, paradoja de la historia, el único que se atrevió a desafiar con mentalidad de “terrorista anárquico” la espesa y gelatinosa tradición que a tantos encumbraría. Por eso el *Tuerto López*—apropiado nombre de bucanero que arremetió contra las fortalezas feudales—necesitó de más de medio siglo para que la señorial ciudad se pusiera seriamente a estudiar su poesía. Años hubo en que, como cualquier delincuente literario, se encontraba proscrito de los manuales de la educación secundaria. En materia de publicaciones, el ambiente es aún, si cabe, más desolado. Mientras, en Barranquilla la primera mitad de siglo está signada por la extraordinaria labor de *Voces*, atenta siempre a las nuevas expresiones literarias y al empuje de las ideas, en nuestra muy señorial ciudad aparecía *América Española*, con su erudita indiferencia a los avances de la ciencia y el pensamiento, con sus anatemas de la cruz y de la espada; o el *Boletín de la Academia de la Historia*, aplicando tan fielmente el pulcro lema de: “Limpia, fija y da esplendor”, esta vez a la historia sudorosa de los hombres.

Pero qué importa, si de todos modos tenemos la tradición... y la tradición ha gravitado sobre nosotros arruinándonos el alma. Qué importa que los periódicos de la señorial ciudad sean asombrosamente mediocres, si hace cien años *El Porvenir* era el mejor de América; y qué importa que el teatro Heredia esté condenado a su triste papel de residencia de murciélagos, si lloramos de emoción oyendo a Tita Rufo; y en fin, qué importa que nuestras instituciones

¹ A partir del cuarto número, todos los editoriales de la revista *En Tono Menor* son de la autoría de Alfonso Múnera Cavadía.

culturales sean refugios de la más desesperante inercia burocrática, si hace cien años (o menos) don Fulanito y doña Fulanita hicieron cosas maravillosas...

La tradición ha sobrevivido en parte, gracias a ese extraño, pero necesario maridaje con la cosmopolita y decadente cultura de Washington.

Para los modernos imperialistas de estos tiempos, que desde hace un siglo vienen haciendo y deshaciendo en nuestro país como Pedro en su casa —con la abyecta complacencia de una dirigencia acostumbrada desde siempre al servilismo— afianzar la tradición y sus representantes era una de tantas formas de afianzar su dominio. En Cartagena, especialmente protegida por murallas y ornada de balcones, la simbiosis adquiere, a veces, ribetes cómicos. Eduardo Lemaitre, presidente de la junta Parroquial de Bocagrande, viejo paladín de las viejas costumbres, pone el grito en el cielo ante la proliferación de casinos que nada respetan, mientras las salas de cine reproducen uno y otro día, como un modelo ideal de vida, la degradación espiritual del hombre made in USA, y *Flash*, esa cosa que sólo puede tener cupo en el *Diario de la Costa*, se convierte en abanderado de las aberraciones sociales de última hora desde las páginas de un periódico conservador. La vieja cultura cartagenera sobrevive hoy con la Academia de Historia, incrustada en su viejo palacete inquisitorial, y el Hilton irguiéndose de faro a la alineación extranjerizante.

¿Habrá que resignarse ante esta dolorosa y oscura y centenaria realidad cultural? Los obreros y demás sectores populares han demostrado, en sus luchas de todos los días, que no. Además lo que en aquellos años “legendarios” era verdad y que el genial *Tuerto* expresara diciendo “Y nadie escribe... pero se come arroz, ¡Carne y arroz!”, hoy se ha transformado radicalmente. Un pequeño ejército de profesionales de la pluma anda por ahí trabajando como las hormigas, paciente y silenciosamente. ¡Nada de “sorprendentes novedades”, tan sólo la búsqueda de lo nuestro! Pero, para eso, necesitamos ahora, entre otras cosas, una publicación capaz de vencer, en un esfuerzo disciplinado, los innumerables obstáculos que saldrán en el camino; capaz de acoger en su seno las corrientes más progresistas de la literatura y del pensamiento, capaz de contribuir al aplastamiento de la deformación cultural que nos agobia. En ese esfuerzo tesonero estamos... y bienvenidos los errores que nos permitan avanzar.

LA DÉCIMA: UN CANTO POPULAR OLVIDADO

Jorge García Usta

Entrada a la Sabana

Cuando se atraviesan a pie y oído atento los caminos de la sabana, el aire de las ceibas, de pronto como en un horario maravilloso de polvo y sol, se llena de una música quebradiza, cargada, como el vaivén de aguateras centenarias, de hermosos altibajos y virajes romos del viento, que va entrado en aquel inocente mirador de árboles que camina. Nadie sabe de dónde. Cómo. A qué hora. La voz despierta y sale de la última casita de bahareque. Esa por donde usted pasó y parecía tan sola y dormida en su sala anchurosa. Otra vez el canto. Ahora desde aquel patio sin muros. Sale traspasando el aire en quejumbres. Y el caminante, ese cuerpo asustado que ha mirado cómo manotea una hoja su adiós verde de brisa, se tropieza con el equilibrio meridiano del canto y queda inmóvil, con fortuna y gracia, ante tanta belleza de surco, ante tanta pasión de garganta pobre.

Es el presente vivo del mensaje literario más cultivado y directo del pueblo en el campo: la décima. Claro que no es simple asunto de oírla. Hay una imposición natural: si usted no camina, no encuentra el canto, porque la décima es esencialmente eso: aliento de caminante, palpito de andariego de jornaleros y leñadores. Además, si usted no se pega como una segunda piel –toda fidelidad y vocación– al lenguaje de los suyos, tampoco logrará mayor cosa, porque la décima es también esa parte inalienable y defensiva del idioma: uña de la tierra propia, voz de iguales. La décima sólo puede tener esa vida. Si tiene los dos requisitos en la mano, ahora sí, pida ese taburetico de cuero viejo y recuéstelo en la pared.

Siéntese y óígalos.

Arjona, tierra buena

Arjona es un pueblo bicentenario y grande y demasiado tranquilo con la sombra de sus almendros y sus dislocadas calles de tierra firme. En la mitad de la placita, en el centro del pueblo, se tiene la certeza inevitable de que el pueblo fue fundado por Antonio de la Torre: la iglesia sobresale como un tetero gigantesco por sobre una población de casas pequeñas. El nombre del pueblo es una consecuencia de la peculiar amistad de los conquistadores: un compañero de De la Torre se llamaba Álvaro Arjona. No se sabe por qué



obra de la intrepidez feudal o del ansia individual, aquél parece haber fundado pueblos y aldeas de la costa con una frecuencia sospechosa. Llegó a Arjona hace 210 años, el 17 de enero; pero no pudo con la terquedad de los caribes, una tribu tergiversada por la historia oficial, dueña de una bravura mítica y celosa del conocimiento minucioso de la espesura costeña. De ahí salió el arjonero actual, empecinado y ameno, con un agreste sentido vigilante de los valores de su tierra. Por eso frente a la inclemencia de la vida ha acudido a las defensas posibles, difíciles y cotidianas: semillas, sombreros, furia, cantos.

Cuando se mira a Arjona de entrada en el resquemor del reajo, nada se sabe ni se sospecha nada. Quizás en el grito de la décima aparezcan las primeras señales.

Es Julio Gil, no Julio Beltrán

Para encontrar a Julio Gil Beltrán, el decimero más notable de esta parte del país, no se necesita pedir audiencias ni solicitar permisos. La sencillez no conoce protocolos en el campo. Atravesamos todo el pueblo en quince minutos. Miro el sol en la carretera y la cruzamos.

Él vive en el barrio que queda al otro lado. Doblamos varias veces hasta llegar a una esquina desolada.

— ¿Dónde vive Julio Beltrán?

Un grupo de muchachos enfrentados en una temible final de bolitas de cristal no contesta nada. Veo el sol otra vez: es una mancha de esplendor, de plata pura, alta, innumerable. Y ya voy haciendo cábalas antihistóricas sobre la fiereza proverbial de los caribes. Por el borde de una puerta una señora asoma únicamente la cabeza.

– ¿Y él que hace? –pregunta con voz morena.

Me tomo un tiempo.

– Escribe, hace décimas –contesto a recaudo bajo un alar espléndido oloroso a tabaco fresco.

La respuesta de la señora se encontró en el aire con la de los muchachos que habían suspendido la algarabía con caras de absoluto reconocimiento, en una sola respuesta escueta y familiar.

– Ah, el poeta Julio Gil, ahí en la casa esa, la del palito afuera.

Un índice largo y repetido me señala una casa sin enjalbregar casi en la mitad de la calle, con el techo de palma a punto de incendiarse en la claridad radiante del sol de junio. La única puerta abierta. Me asomo.

El decimero, el cronista

Es un campesino entero, de saludo y movimientos suaves y manos grandes de trenza de fique. Halo el taburetico aconsejado y empezamos a hablar. No sé por qué dejo pausado y sigiloso de la voz que convierte la conversación en una confesión íntima y fraternal me doy cuenta de la extrañeza del silencio de los rincones de la salita: el poeta vive solo hace tiempo.

– ¿Cómo empezó a componer décimas? –es lo primero que se me ocurre preguntar antes de que comience a hablar, con una familiaridad de vecino, de las andanzas de Vargas Vila y las piruetas amorosas de don Ramón de Campoamor. Tiene un brillo pálido de linterna en los ojos.

– Fue algo muy natural que se me desarrolló. Empecé comprando hojas volantes de otros decimeros y estudiando mucho, especialmente la “Retórica y Poética” de Enrique Álvarez Bonilla.

– Eso hace una vida ¿y la familia qué dijo?

– Mi padre Julio Beltrán se opuso. Él decía que el poeta se perdía en la parranda.

– ¿Y era verdad que se perdía?

– A veces, a veces. Pero mi abuelo me apoyaba. Fue el primero que me dio unos versos para que me siguiera por ellos.

– ¿A qué le ha compuesto más desde entonces?

– He tenido dos temas principales, el romanticismo y la agricultura.

Ha compuesto mucho a todo lo que huele a surco de tierra, a ojos de palmares despiertos en la madrugada. Con sus ojos viejos que han visto –aunque lo cuenta en voz baja, avisada– percusiones, indignidad llenas de pobreza, nadie mejor que él para echarse el encargo de sopesar los hechos del campo y relatarlos. Sus compañeros, que le han dado acogidas muy variables en cada recorrido de su vida, lo oyen mover las cuerdas de guitarra vieja del alma en cada canto. Él sabe mejor que nadie que los decimeros no han podido vivir sólo del alma.

– ¿Y las décimas lo han ayudado a vivir materialmente, a comer, a sostener la familia?

– No, no he tenido patrocinio. He vendido hojas volantes para ayudarme un poco. En tiempos las vendía todas porque gustaban mucho. Pero actualmente la imprenta está muy cara.

Aunque no lo dice, él sabe que no es sólo la imprenta. Lo que más duele a quien revise estos versos es el olvido desdeñoso en el que los han dejado los organismos oficiales de cultura. Pero es indudable que esa pujanza natural reclama otro público –una plaza de sombreros voltiaos, como hubiera dicho su abuelo– para ser leídos contra los más altos espacios de la naturaleza y quebrar la falsa idea de la ignorancia atávica de los campesinos, tan largamente sostenida en sus conversas al crepúsculo por los letrados pueblerinos.

– ¿Lo ha ayudado el gobierno? –así suelto la pregunta cuando lo veo contemplar en silencio la calle silenciosa, calcinada en un mediodía pavoroso. La soledad del polvo. Entrecierra los ojos serenos con una mano abierta. Dice una sola palabra:

– Jamás.

En su larga vida de decimero, más allá del calor de la fiesta arjonera, soportó contendores de talantes variados: sarcásticos, hirientes, tercos. Los venció

con dos razones. Una humildad natural y un dominio firme de la cabalgadura de la décima que lo hacía dar el paso necesario y ajustar el apunte apabullante mirando al público, sin olvidar la lección del abuelo a través de los años: respeto por el oponente.

– ¿Después de este camino, qué es la décima?

– El amor, el trabajo, el sufrimiento, la esperanza del campesino, muchas cosas, amigo. En la costa es muy apreciada. En un lenguaje sencillo dice lo que siente, lo que le pasa todos los días –dice y comienza a cantar, quieto, sentado, los ojos desprotegidos, sin importarle para nada el pequeño bullicio de los alrededores.

El hombre de corazón
nunca cede a la malicia,
no hay más dios que la justicia
ni más ley que la razón;
sumergirme a la prisión
del levita o del escriba
doblar la cerviz altiva
ante torpe soberano
yo no acepto a los tiranos
ni aquí abajo ni allá arriba.

El sol comienza a bajar

En la cocinita de la casa la sombra es casi un manantial de fresco. A esta hora me pesa el taburete, pero sigo atento. El poeta Beltrán canta sus décimas con voz ronca y fuerte, sin descanso. Una a una, reseña realista de la sabana, de su vida, saltan por el aire de las cercas, caen en los patios, mientras una señora que lava absorta, sin levantar la vista, dice “ya está el viejo Julio Gil encendido”. A lo lejos crece la hierba en pedazos y es más verde que el color mismo. Me levanto lentamente del taburete. Lo miro.

– ¿Qué trae el futuro para la décima y los decimeros?

El poeta Beltrán mira un instante el suelo, sobrecogido. Tiene todos los argumentos en la mano: setenta años cumplidos el pasado 1º de septiembre y la elaboración alucinante y metódica de cientos de décimas, cuyo número preciso desconoce. Su opinión es más valiosa que cualquier manualito de folclor,

hecho en una semana, para presumir. El poeta Beltrán no presume. Simplemente arruga el ceño por primera vez.

– Creí que podía avanzar más –contesta–. Muchos jóvenes dicen que son corronchas, que no corresponden. La aprecian muy poco.

– No todos –le digo.

– Eso es cierto.

– Y los decimeros ¿qué hay con ellos?

– No tienen un futuro prometedor.

Creo que ha sido todo. El poeta también se levanta de su asiento. En la puerta me despide con una sonrisa leve, esperanzada. Le pido que confíe. Me dice que ya lo ha hecho. La brisa, un trechito de viento tímido, barre las hojas secas de la calle.

– ¿Sabe una cosa?

– ¿Qué? –le pregunto.

Se pone tenso, próximo a una revelación, a una verdad fundamental.

– A la décima la están acabando las cosas modernas.

– Pero no podrán con ella –le rebato con un paso de despedida.

El sol de junio muestra los últimos pastos de las lejuras, los últimos cantos de la tierra verde, infinitos y despojados, y los macheteros que regresan empapados en sudor, cantando una canción quieta y tierna. El poeta Beltrán los mira caminar.

– Eso espero –dice.

LOS TRABAJADORES DE LA CULTURA: HACIA EL ALBA DE LOS DESPOSEÍDOS

Andrés Cava²

Los hombres que laboran día tras día para hacer avanzar nuestra cultura –los escritores, los pintores, los músicos, el crítico literario o de cine, los hombres de ciencia, etc.– mal harían siendo indiferentes a la creciente militarización del país. Porque el fascismo no mira con indiferencia el ámbito de la cultura. El continente americano ilustra bien sobre esta cuestión.

El recurso del método

La dictadura de los militares en muchos países de América Latina es tan vieja como la primera independencia. El dictador analfabeto o el déspota ilustrado han gobernado turnándose con los mandatarios civiles el oprobioso papel de cancerberos de los intereses extranjeros y de las oligarquías vende patrias. Sátrapas como Juan Vicente Gómez en Venezuela, Porfirio Díaz en México, Estrada Cabrera en Guatemala, Trujillo en República Dominicana, Batista en Cuba, la dinastía Somoza en Nicaragua son sólo los nombres que mejor se recuerdan de una lista mucho más larga. Los actuales continuadores de esta vergonzosa tradición continental (que ha sido materia rica de una literatura punzante y perseguida) no tienen nada que envidiar en sumisión al oro extranjero y opresión nacional a sus antecesores. En muchos aspectos, incluso, los superan. “Nuestros dictadores son, a lo sumo, patriotas de una patria que no es la suya, satélites de un imperio ajeno: ecos y no voces” (1).

Uruguay, Argentina y Chile son apenas ejemplos sobresalientes de una realidad que abarca con tonalidades parecidas a toda la América Latina. Empecemos con la otrora Suiza de América: Uruguay es un paisito al sur de América del Sur, de solo tres millones de habitantes y una ciudad: Montevideo. Hasta hace sólo diez años era considerado, aún, el más perfecto reino de democracia de las tres Américas. Un ejemplo excepcional de moldes europeos, según

² Como se aclaró arriba el seudónimo “Andrés Cava” fue utilizado tanto por Alfonso Múnera Cavadía como por Jorge García Usta. Con este se buscaba hacer un homenaje a Andrés Cavadía, tío de Alfonso Múnera que hizo parte de la novena colombiana ganadora del Campeonato Mundial de Beisbol en el año de 1947. La mayoría de los artículos firmados por este seudónimo fueron escritos por uno de los dos jóvenes y posteriormente revisados por el otro. Este texto en especial es de autoría de Alfonso Múnera Cavadía.

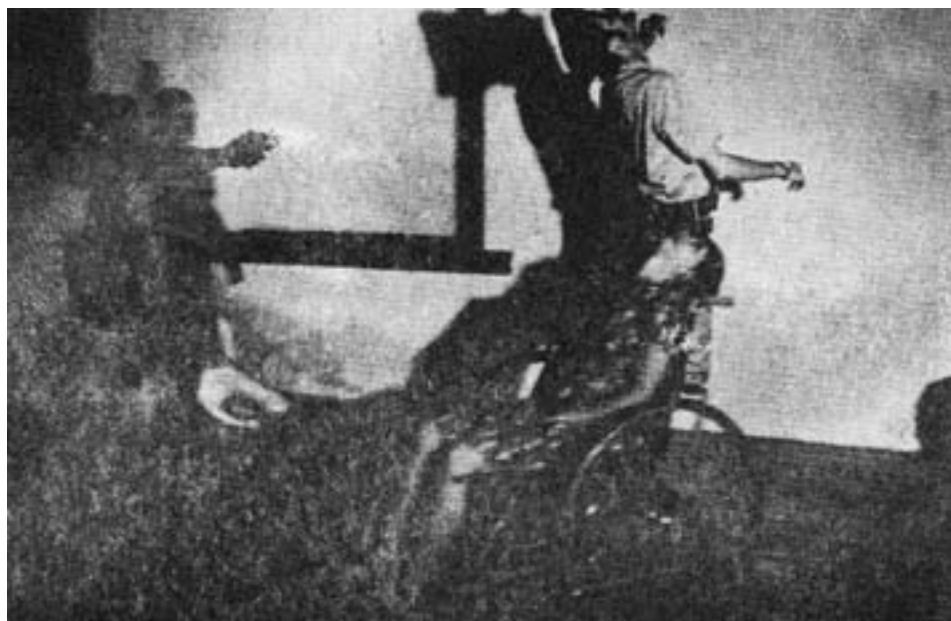
algunos, en estas tierras salvajes e inhóspitas. Nadie podía imaginar que ese pequeño bastión de los derechos humanos repitiera la historia de su vecino rioplatense. Sin embargo, la crisis económica y el consecutivo desmonte de la “democracia” eran evidentes en 1968: “Frente a la creciente crisis del país, al cierre de industrias, a la falta de trabajo, a la desocupación, la gente, sobre todo la juventud, se fue yendo del Uruguay” (2). Fueron los años de la primera emigración. El descontento popular se manifestará en huelgas y luchas callejeras. Desde ese momento preciso, o sea cuando los oprimidos pretendieron usar masivamente de sus derechos democráticos para reclamar el elementalísimo derecho a no dejarse matar de hambre, la democracia, la santa y venerada democracia de los opresores se les volvió a estos algo tan incómodo para el libre manejo de sus negocios de rapiña que no tuvieron el menor inconveniente en enviarla al cajón de la basura. En junio de 1973, el presidente Bordaberry en un acto singularísimo, se dio a sí mismo un golpe de Estado y siguió siendo presidente a la orden del Estado Mayor de la milicia. Un cambio esperado: de Jefe de Gobierno había pasado a ocupar el triste papel de testafarro de la dictadura militar. En junio de 1973 empezó la segunda emigración: más de medio millón de uruguayos sin patria se encuentran hoy regados por los cuatro continentes huyéndole al terror de Bordaberry y sus generales. Llegada ya a su más alto cenit la represión no ha respetado condición ni actividad alguna: “Al principio, fueron los guerrilleros. Después los militantes de los partidos de izquierda. Después, los sindicalistas. Después, los intelectuales. Después, algunos políticos tradicionales. Después, cualquiera” (3).

Veamos lo que sucedió en la cultura: el 10 de octubre de 1975, la dirección de Inteligencia de la Policía Uruguaya le prohibió escribir, dirigir o actuar a Rubén Yáñez, vinculado al Teatro El Galpón. Luego encerraron a los once dirigentes y a la primera plana artística. En vista de que no hubo receso en la labor del teatro, se procedió a dictar el 7 de mayo, el decreto de cierre. Las cosas no quedaban ahí: el decreto establecía que todos los bienes de El Galpón pasaran a poder de la Universidad intervenida por la dictadura y la sala 18 (construida con la ayuda popular y avaluada en varios millones de pesos uruguayos, con techo acústico, una de las mejores del país) fue adaptada para salón de clases de Medicina.

Juan Carlos Onetti, uno de los más representativos nombres de la narrativa latinoamericana, mundialmente respetado por sus cuentos y novelas, estuvo preso por el asombroso delito de haber formado parte del jurado de un concurso de cuento que premió a Nelson Marra, encarcelado también al igual que Mercedes Rein. El único miembro del jurado que se salvó fue Jorge Rufinelli,

por estar fuera del país; por publicar el cuento ganador fue clausurada la revista *Marcha* que desde 1939 hasta su cierre, en 1974, estuvo entre las mejores del continente. Su director, Carlos Quijano, y otros directivos –sobra decirlo– terminaron en la cárcel.

El 16 de mayo de 1975 se ordenó mediante circular 1536/75, a todos los institutos de enseñanza secundaria del país, suprimir de las bibliotecas todo material de lectura o fonográfico cuyo contenido pudiera, a juicio de los censores, “introducir conceptos lesivos de las coordenadas del pensamiento clásico y occidental”. En 1975 se cerraron las librerías Pueblos Unidos, Nativa, Antec, Comunidad del Sur.



La cinemateca del Tercer Mundo fue allanada y requisadas sus películas. Se prohibió exhibir obras de Antón Chéjov. Se prohibieron 41 autores uruguayos en las últimas ferias del libro. Se prohibió cantar y grabar discos a músicos como Zitarrosa y los Olimareños. Se prohibió el cine universitario. Se prohibió oponerse o discrepar. Se prohibió no prohibir. Además en el paisito de Artigas hay cerca de seis o siete mil presos políticos y la tortura es una rutina de cuartel.

En Chile bastó que Allende lesionara peligrosamente los intereses estadounidenses para que las fuerzas armadas, perdiendo “su tradicional imparcialidad”

y su lealtad a las leyes masacraran con todo el poder de sus ametralladoras, tanques de guerra y bombardeos sistemáticos a los ocupantes del Palacio de la Moneda y a la población civil que se aprestó de manera improvisada a defender el gobierno legítimamente constituido. En Chile se demostró, mejor que en cualquier otra parte, cuánto daño le puede hacer a las revoluciones populares la creencia en la validez de los instrumentos sobre los que descansa la democracia de las oligarquías: el ejército y las leyes.

Los hechos nos dan idea de hasta dónde ha llegado el desenfreno oficial contra la cultura en Chile: 1) En la lista de libros quemados –al estilo Savonarola– figuran, no se vaya a creer que Marx y Lenin y cosas por el estilo solamente, hasta *Los partidos políticos* de Maurice Duverger, pontífice de la moderna y reaccionaria politología de Europa, lo mismo que los principales libros de John K. Galbraith, profesor de la Universidad de Harvard, ex consejero de Kennedy y ex embajador de los Estados Unidos en la India, han sido incinerados por subversivos. 2) En un oficio fechado el 9 de marzo de 1975 en Valparaíso y dirigido al jefe de la “Sección de Registro”, Robert Posch, se lee lo siguiente: “Me permito poner en su conocimiento que en fecha cinco de marzo el suscrito debió proceder al cumplimiento de lo dispuesto en el oficio... relacionado con la incineración de sesenta mil libros pertenecientes a la facultad de Artes y Tecnología, dados de baja internamente por su contenido político” (4).

El único que ha gozado de total libertad en Argentina es el capital extranjero: “Argentina no impone limitaciones a la entrada del capital foráneo, ni a la salida de las ganancias, ni a la repatriación del capital, los pagos de patentes, regalías y asistencia técnica se hacen libremente. El gobierno exime de impuestos a las empresas y les brinda tasas especiales de cambio, amén de muchos otros estímulos y franquicias. Entre 1963 y 1968, fueron desnacionalizadas cincuenta empresas argentinas, veintinueve de las cuales cayeron en manos norteamericanas, en sectores tan diversos como la fundición de acero, la fabricación de automóviles y de repuestos, la petroquímica, la química, la industria eléctrica, el papel o los cigarrillos” (5).

Pocos países tan martirizados por las atrocidades fascistas en el continente como Argentina: los dirigentes obreros son asesinados sin fórmula de juicio; los intelectuales y periodistas se pudren en las cárceles o simplemente “desaparecen”. Eminentes físicos como Antonio Masetich, Graciela Caraballí y Manuel Tarchiniski son secuestrados o liquidados como este último. A la cantante Mercedes Sossa la ponen presa por interpretar sus canciones, gravísimo

delito. La Triple A amenaza y persigue impunemente a todo el que le viene en gana, nacional o extranjero. Se celebra el rito de la quema de los libros. Y por último se nombra de gobernador de la provincia más importante, la de Buenos Aires, al general Ibérico Saint-Jeans, a quien le parece lo más natural del mundo declarar que “primero mataremos a los subversivos, luego asesinaremos a sus colaboradores, luego a sus partidarios, en seguida a los que son indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos” (6).

Tiempos de oscuridad se viven en América Latina. Pero éste no es sino un aspecto de la cuestión. El otro es que toda esta avalancha fascista destinada a detener el proceso de liberación nacional –único camino a la prosperidad de millones de hombres de nuestra América– es el último, agónico y por ello peligroso pataleo de un sistema secular de dominación imperialista que se hace pedazos estrepitosamente. Los estallidos en América Central anuncian promisoriamente el alba: el futuro de una América libre y generosa con sus pueblos.

“Si esto no es fascismo se le parece mucho”

Colombia hace parte de América Latina y vive también los tiempos de la oscuridad. La insaciable voracidad del capital monopolista norteamericano y de quienes pelechan a su sombra ha hecho de la nación colombiana un cuadro de indignidad y desolación. Extensos territorios donde hasta ayer, desde tiempos inmemoriales, la vista se deleitaba en la contemplación de pujantes cosechaderos hoy están reducidos a matorrales, abandonados por los pobres del campo que han tenido que emigrar a Venezuela o a los ahogos incontables de los tugurios urbanos, inermes ante la avaricia de los señores de la tierra y del advenedizo capital de Washington. Los que no se dedican al cultivo de la marihuana para mitigar el hambre se debaten en la más urgente penuria. La carestía, el desempleo creciente y el alza desorbitante de los precios condenan a los obreros, a los maestros, los vendedores ambulantes y demás pobres de la ciudad a estrecheces inverosímiles.

Bajo el imperio de la Ley –curioso derecho nuestro que se rige más por la excepción que por la regla–, de la Constitución elaborada y reelaborada para aplastar con mayor eficacia jurídica la soberanía de la nación y los derechos del pueblo, todos los crímenes a diario cometidos contra los de abajo en más de una centuria de aguda explotación han sido legalmente posibles.

La represión, que siempre que ha sido necesaria se ha puesto al orden del día, se convirtió en Colombia en los últimos años en la preferida herramienta de

gobierno. La legalidad de los opresores es hoy insuficiente para salvaguardar las ansias cada vez más desmedidas de las poderosas transnacionales y de las minorías locales dominantes contra la incontenible insurrección de los desaharrapados que hace tiempo descubrieron que la justicia siempre ha estado sirviendo a los de arriba.

Empero, algunos creen que la simple invocación de la palabra justicia, la abnegada defensa de los “derechos humanos”, las abyectas declaraciones de plácido respeto a las fuerzas armadas y los melifluos piropos a la sangrienta tradición civilista del pasado bastarían para conjurar el creciente ruido de las botas y bayonetas y sables en nuestros oídos.



De la ley heroica al estatuto de seguridad: 50 años de tradición civilista

La democracia en nuestro país ha sido siempre la libertad, absoluta libertad para los socios del Jockey Club, y violencia y yugo para los de ruana. La única riqueza que los filibusteros del Norte no le han podido arrebatar a nuestro pueblo radica en las continuas y dolorosas experiencias que sobre este punto hemos tenido: hasta la saciedad hemos comprobado aquella verdad elemental de que los poderosos solo nos conceden los derechos de su democracia a condición de nuestra mansedumbre. De la Ley Heroica al Estatuto de Seguridad de Turbay ha transcurrido medio siglo. Cincuenta años en que, una y otra vez, cada vez que ha sido necesario, la oligarquía bipartidista se ha

desembarazado de su democracia como de un fardo incómodo y ha puesto a tronar las bayonetas. A eso se traduce nuestra tradición civilista del pasado y la imparcialidad de las fuerzas militares tan cacareadas en los últimos meses.

El año de 1928, en los debates parlamentarios que antecedieron a la aprobación de la ley Heroica –destinada como ahora el Estatuto de Seguridad a darle rienda a la saña oficial– el representante J. M. Becerra Cabal en su defensa del proyecto de ley decía: “para salvar el orden social, si es necesario pasar sobre la Constitución, debe hacerse, porque es preferible la dictadura de un gobierno ilustrado a la dictadura del proletariado y la prensa”; y el representante Mesa Merlano, con fervoroso patriotismo democrático y aludiendo al puñal de guerra del ministro de Guerra, dijo: “Ese puñal tendrá brillo magnífico si ha de hundirse algún día en el corazón del primer audaz que ose levantar en Colombia la bandera lóbrega del bolchevismo” (7).

Hoy, medio siglo después, bajo los gobiernos frente nacionalistas, la tradición sigue intacta: cada vez que sea necesario salvar el orden social (el de ellos) se pisotea naturalmente la Constitución porque antes que la democracia real del proletariado y del resto de clases populares “es preferible la dictadura de un gobierno ilustrado” (Melo, 1978).

De la misma manera, así como en el pasado la Ley Heroica permitió darle visos de legalidad al “brillo magnífico” del puñal del ministro de guerra, Ignacio Rengifo, al ser clavado en el corazón de la clase obrera, en la matanza del 6 de diciembre en Ciénaga, el Estatuto de Seguridad le permite a Camacho Leiva convertir a Colombia en una gran cárcel, en la cual nadie está libre de sospechas.

Si lo que estamos viviendo en Colombia no es fascismo, no se podrá negar, por lo menos, que se le parece mucho: los de abajo se encuentran en la carencia total de derechos para expresar su descontento u organizar su protesta. Y si pretenden reclamarlos, la respuesta de la república oligárquica se traduce en allanamientos, torturas y juicios castrenses; las huelgas o los simples mítines de los desposeídos se castigan como delito de alto cuño en las medievales sesiones de los consejos de guerra. Y los torturadores del régimen aventajan en procedimientos a sus colegas del Cono Sur.

Los trabajadores de la cultura no están sometidos, probablemente todavía, a los rigores del fascismo continental, pero todo parece indicar que vendrán días peores: la televisión y la radio están bajo la más estricta de las censuras; el cine lo ha estado siempre; la prensa revolucionaria o de simple oposición es

permanentemente hostigada: los militares se encuentran “vivamente preocupados por la conducta de ciertos órganos periodísticos”.

En la hora presente sólo la comprensión de que la violencia se instaura porque es el único método qué le queda a nuestros mandatarios ante la agudización del saqueo imperialista, de que es el único instrumento que le queda a una sociedad que se descompone y ha entrado toda ella en una crisis irrecuperable, le permitirá a los hombres que laboran por el progreso de las artes, el pensamiento y las ciencias cobijarse bajo el alero saludable de la lucha de las masas y sumarse a la más gigantesca de las empresas culturales: la transformación de todo este orden en descomposición en una nueva sociedad que le dé curso al desarrollo libre y pujante de una nueva cultura.

Referencias bibliográficas:

- (1) Eduardo Galeano. “Los dictadores latinoamericanos ecos y no voces”. *El Espectador*. Junio de 1977
- (2) Sara Garrocha. *Revista Conjunto*. Casa de las Américas. 1977
- (3) Eduardo Galeano. Op.Cit.
- (4) Rafael Salcedo Castañeda. La represión cultural en América Latina. *El Espectador*. 26 de junio de 1977
- (5) Eduardo Galeano. *Las venas abiertas de América Latina*. (Pág. 39) Círculo de Lectores. 1973
- (6) Rafael Salcedo Castañeda. Op.Cit.
- (7) J. O. Melo. Cincuenta años de la Ley Heroica. *El Espectador*. 17 de diciembre de 1978.



NARRATIVA

LA PUERTA SIGUE ABIERTA

Pedro Badrán Padauí

El cuento “La puerta sigue abierta” ocupó el Segundo Puesto en el I Concurso Metropolitano para Estudiantes Universitarios, celebrado en Barranquilla en 1979.

Ha cambiado de lugar. Abuela se sentaba en el patio y por las noches en el cuarto y ahí nos refería los cuentos, pero ahora se la pasa es en la sala, moviéndose nerviosa, mirando la puerta. Cuando alguien sale, corre a cerrarla y si está muy lejos le dice a Lubis: “Cierra la puerta, Lubis”.

Abuela es pequeña y encorvada. Abuelo era más grande pero también más viejo y arrugado. Los dos se quedaban en el cuarto, él leyendo el periódico y Abuela desenredándose el cabello que le llegaba a la cintura. Se ponía peines y le gustaba peinarlos. Ha dejado de hacerlo porque ella, desde que se llevaron al Abuelo, dice que hay que estar prevenidos y por eso ya no se demora en el baño como antes sino que se apura para venirse a cuidar la puerta.

Todo fue por un descuido de nosotros porque nunca debimos dejarlos solos; pero no era la primera vez y además Lubis se quedó con ellos. Abuela siempre habla de eso y hasta ha dejado de contarnos cuentos y sólo nos refiere lo que le hicieron al Abuelo. Papá la regaña porque dice que todo ya pasó, que mejor cuénteles otra cosa y deje de recordar aquello, pero ella, apenas cuando cambia, se para del mecedor y le pregunta a Lubis: “Cerraste la puerta” y Lubis dice que sí pero Abuela no le cree y se va del cuarto para sentarse en la sala, junto a la puerta. Nosotros nos hemos acostumbrado y mejor preferimos jugar en el patio.



Abuelo nos sacaba a pasear por las tardes. El que mejor se porte, decía, pero terminaba por llevarnos a todos; pero Abuelo no salió esa tarde que siempre recuerda Abuela, sino que se quedó leyendo, porque Papá y Mamá nos habían llevado al cine y nos habían vestido como si fuera domingo. Lubis siempre se duerme por las tardes porque así descansa un poco de nosotros. Abuela si salía era para visitar a la señora de enfrente, pero ahora no se asoma ni a la puerta porque ella dice que a los hombres que se llevaron al abuelo se les olvidó algo y que tarde o temprano regresarán a buscarlo. Abuela nos lo ha contado de a poquito y a escondidas porque papá siempre que la oye la manda a callar.

La calle siempre ha sido tranquila. Aquí no pasa nunca nada. Nosotros regresábamos del cine y vimos la casa llena de gente. Papá preguntaba pero nadie decía nada. Mamá se puso a gritar y otras señoras le decían que se calmara. La casa no es muy grande y no tenía muchos muebles, pero esa vez estaba desarreglada y sin algunas cosas. La gente no dejaba ver. Papá preguntaba por los abuelos pero todos tenían miedo. El señor de enfrente nos agarró y le dijo a papá que nos iba a sacar porque así era mejor. Mamá estaba llorando en la puerta y no se atrevía a entrar; nosotros también empezamos a llorar, porque tanta gente nos asustaba, y llamábamos a Papá pero Papá se fue perdiendo y entonces el señor nos fue cogiendo uno por uno, hasta meternos en su casa, mientras nosotros seguíamos llorando, tratando de apartar con la vista a la gente que seguía llegando.

Cuando regresamos a casa todo estaba silencioso y oscuro. No sé por qué pero ese día sentí un olor que la casa nunca había tenido. Preguntamos por el Abuelo pero Mamá no respondía. Abuela estaba en el cuarto, diciendo cosas que nadie entendía; Papá no nos dejó entrar a verla porque era mejor que no la molestáramos; Lubis nos atendía pero tampoco nos dijo nada. La gente venía por la noche y a Abuela sólo la vimos después de una semana. Papá nos dijo que la distrajésemos y entonces le pedimos que nos echara un cuento, pero ella repetía y repetía que eran tres, eran tres y Abuelo les preguntó qué querían ellos y ellos que venimos a llevárnoslo y enseguida voltearon todo y le pegaron al Abuelo, entonces Papá, desde esa vez la manda a callar y ella trata de recordar los cuentos de antes, los que refería en el patio, pero al rato está otra vez diciendo que le habían pegado, que Lubis ni se despertó siquiera y todo por haber dejado la puerta abierta, y cuando dice esto se para y pregunta que si la puerta está cerrada y entonces se va a vigilarla desde la sala y nosotros nos vamos acostumbrando a jugar en otra parte.

A Abuelo no le vimos más y Papá nos dice que se fue de viaje pero ya nosotros sabemos lo que pasó. Papá compró cosas nuevas para volver a llenar la casa y le ha puesto cerrojos a la puerta para que Abuela se tranquilice, pero ella seguirá sentada en la sala, vigilando para siempre esa puerta, cada día más llena de cerrojos, cerrándola y revisándola cuando alguien entra o sale, porque Abuela sigue temiendo que los hombres que se llevaron al Abuelo entren de nuevo, aprovechando el descuido de la puerta abierta, y entonces esta vez vengan a buscarla a ella.



TRES POETAS CARTAGENEROS³

Jaime Arturo Martínez

Jaime Martínez llegó a Cartagena un día cualquiera de la década del 60 –como la mayoría de los jóvenes venidos de la provincia– a estudiar para abogado y hacerse de una carrera brillante. Pero a Jaime Arturo le bastó entrar a una de esas oscuras celdas del convento de San Agustín a escuchar una clase de Procedimiento Civil, dictada por un tipejo vestido de entero oscuro (charlatán de aforismos griegos y latinos aprendidos de memoria en el pequeño Larousse) para sentir en la circulación de la sangre que allí dentro se moría no sólo la risa y la verdad sino también, la poesía misma... la vida en Cartagena andaba caminando acucillada por otros lados y a Jaime Martínez si algo le ha interesado siempre es untarse de vida hasta los tuétanos.

Eran los años del *Páramo* y del *All-Stars*, de la hermosa cabellera negra y larga de la pelúa en la casona de dieciocho, y de Pedro Infante, del ciego Machado cantándole a las lunas borrosas del amanecer del mercado “mírala como anda compadre... si ya se está poniendo flaca, si ya se está poniendo flaca” y también de las voladas nocturnas de las pensiones, de las dormidas en los escritorios del *Universal*, de la notas sociales escritas bajo las amarguras del hambre.

La poesía se nutrió de estos ambientes. Ella nació cocinándose en el amor casi sexual que siente y lo amarra totalmente a Cartagena. Amor presente a lo que bulle bajo la negrura de la piel, a lo que se presiente en la sonora carcajada de aquella fritanguera que nos fiaba los patacones untados en agua de sal y de ajo. Amor a “Anacaona” y “Alicia adorada” juntándose allá, más allá de los límites de nuestra ascendencia.

En la poesía de Jaime se esconde la vida misma sin perendengues. A la manera del *Tuerto* –feliz hallazgo de la única poesía de este corral de piedra digna de ser continuada– la palabra adquiere su primitiva frescura al brotar de las paganas habladerías populares y no del sacrosanto rincón de las academias; pero esta vez no para imitarlo sino para restablecer la continuidad de su espíritu antes combatido, ignorado, desterrado o falsamente seguido por la mala poesía de todos estos años.

³ En la revista no aparece el autor de esta presentación de poetas cartageneros pero, gracias a las indagaciones realizadas con integrantes del grupo, asumimos que la realizó Jorge García Usta.

A Jaime Martínez se le puede ver a cada momento en la paciente jornada de descubrir la justeza de un vocablo borgiano o maravillado ante la proximidad de la clase que habrá de dictar sobre León de Greiff en los colegios donde oficia de profesor de Literatura; pero si hay algo que lo irrita, y de lo cual sabe burlarse es de la empalagosa, mustia y solemne erudición de los que posan de poetas sin serlo.

Por eso, amigo lector, cuando usted conoce a Jaime y ha visto su cuerpo de pesos pesados andar, elegantemente trajeado, por las calles de Cartagena, usted se imagina que la sonrisa que bambolea en sus labios se debe al recuerdo de quién sabe qué trifulca de bares. Pues no, amigo lector, Jaime Arturo Martínez es incapaz de matar una mosca... simplemente está construyendo una poesía...

Entre el corrincho (I)

No me repitas que está de ataque –le dije–
que de todas es ella la más hembra
que no me cuesta nada escribirle un poema.
–yo no soy poeta de arrebatos líricos–
de modo que toma tu chicharra
y esfúmate.

Hoy es siempre todavía

A Norma.

Convencido de que el tiempo
es la hoja que cae del árbol
me apego más a tus ramas
bebo sin descanso de tu savia
resisto las trampas
que me tienden tus tallos
a la espera del hacha de la muerte
que nos desgaje la voz de un solo tajo.

Pues se va la vida aprisa como sueño

*A Nayib Abdala
a manera de consejo.*

Espérate y verás lo que se siente
cuando te señalen las canas con el dedo
y te digan Señor a cada rato.
Imagínate hablando de experiencias
soltando a tutiplén buenos consejos
después de haber dado tan perversos ejemplos

Y al comparar la piel de tu mujer
con la de esa muchachita que miras de soslayo
no quiero ni pensar lo que se siente.

De modo que la invasión trajo a Calamar muchos bonetes colorados y otras suertes

A Santiago Colorado

Madrugá. Calamar camina hacia la playa.
Junto con su mujer, sus hijos y parientes
entra en el mar.

Eternizará cada instante entre esas aguas
antes de regresar por la yuca y el cazabe
que comerá despacio y que sabe darán a su brazo
el tino y el vigor para disparar la cervatana.
Ya Calamar vuelve de los caños y de los montes.
Su mujer ya aderezó las flechas y ahora atiza
los leños.

Desde temprano sus hijos armaron su guereguere
y ahora, con Calamar ya de regreso, retornarán
al mar.

Calamar y los suyos comerán en cuclillas
y en círculo.

Conversarán.

Contará cómo encontró el pulso del monte.

Dirá que el mar está tal como lo vio
en el cardumen de sus sueños.

Por la noche bailará su danza desvertebrada
y le hará el amor a su mujer.

Al amanecer por primera vez en tiempo de todos los tiempos
tres velas se inflarán en el horizonte.

(Cristóforo Colombo, por qué no te devolviste)

RÓMULO BUSTOS AGUIRRE

A la única persona que he visto leyendo un poema del señor Góngora y Argote a la una de la tarde es a él. Y no es pose o extravagancia. Es simple y llana necesidad que no acepta fijaciones de tiempo ni admite que le dividan el día como índice habitual. Claro que uno no sólo aceptaría que leyera eso de Góngora sino la mismísima traducción del Antiguo Testamento al griego por los setenta sabios del tiempo de Ptolomeo Filadelfo, con la muy noble condición de que no se la leyera a uno. Y es lo que él no acepta. Así que algunos hemos tenido el extraño goce, en plena e ineludible zona tórrida, de escuchar a Verlaine a las siete de la noche en una tienda de Santo Domingo mientras se come patacones y se suspira por morcillas, y de enterarnos a las tres de la tarde de un lunes de siempre que Aurelio Arturo, un viejo canoso y lleno de paisajes para todos, escribió un libro inigualable que se llama *Morada al Sur*. Todo en y por su voz.

Estas jornadas cortas de “apreciación literaria” (tan urgentes y escasas en el bachillerato) me han servido a mí, particularmente, para desconocer los límites del patio privado apolillado de los académicos. Y para comprender que husmear, con entereza práctica y lógica humildad, tanto en Fray Luis de León como en García Márquez es de mucha utilidad.

Rómulo –que escribió hace mucho tiempo su último soneto de perfectos plenilunios, mal aconsejado por el maestro Valencia– es un abogado sin grado todavía y sin vocación para siempre. Uno de los mayores logros de su paciencia ineludible es haber terminado cinco años de estudios de Derecho, escuchando durante horas de horas las explicaciones tartamudas de los aciertos de Justiniano en la Roma Antigua, cuando tenía ya metida en los ojos la luz de la poesía, verdadera, la verdadera, tan ajena a los retretes de juzgado y a la elocuencia farragosa.

Esta preocupación es la que no le ha dejado escapar su tiempo mínimo y repartido, y en papelitos o en una libretica de periódico, que se ha envejecido de tanta mesa y sudor, va anotando, va construyendo sus líneas que parecen trozos serenos de conversación aferrados a una imagen personal, tan personal como su lejana Santa Catalina y esos abruptos anteojos que le permiten distinguir la tarde y caminar con amigos.

No ha hecho acrósticos ni la ha emprendido con panegíricos, pero sus poemas tienen ganas de ser sentidos por el hombre común. No ha escrito panfletos,

pero los hombrecitos que trabajan, a esos “que les han desgarrado más allá del overol” y sueñan realmente con una vida nueva (tan ausentes de la llamada nueva poesía cartagenera) tienen, en sus poemas, sitio y esquina para contarse sus esperanzas y reunir sus cóleras.

Unos escriben poesía por el ocio. O para no matarse, alternativa francesa de mucha acogida local. Otros, para exorcizarse algunos diablillos de privilegio que los atacan y atacan sin uno saber por qué. Rómulo seguirá escribiendo porque la poesía forma parte de su vida y porque a través de ésta se ha convencido cabalmente de que tanto en el Pável Vlášov de Gorki como en los enamorados pobres de la laguna de Tiscapa de Cardenal y en la airada sabrosura de la Soledad Montoya de García Lorca, el pueblo ha puesto la carne para su testimonio eterno.

Y seguirá también –para pena y alegría diarias– leyéndonos su habitual “en campos de zafiro pace estrellas” a la una de la tarde. No hay remedio.

Para contar lo de los estudiantes

*A Fernán
A Joche
A los demás*

Los estudiantes corren por los andenes
con jadeos en la punta de la lengua
Se embocan por calles de charcos y de polvo
y de grava menuda

Después, desde el vientre de casas amigas
escucharán los afanes de casa en casa
y las puertas que se abren y se cierran

Los fusiles esparcen su silencio
En la aquietada plaza de adoquines
un árbol se despeina



Esta noche mientras fuman
tras la amargura vertical de los
barrotes
o en la reunión de camaradas
hablarán tal vez del viejo Mao o
de Lenin
o de los obreros del ferrocarril
en huelga bajo sus carpas
o de aquel
de aquel querido compañero
que por vez última se arqueara
a la tarde
en el duelo airado de la piedra y
los fusiles.

Diciembre

En diciembre la blanca campanilla cubre los montes
como pequeña nieve sobre los montes
La gente pinta las casas para recibir al año nuevo
La brisa mueve las campanillas
Y no hay cantos de pájaros
pero sí bandadas de mariposas de cuando en cuando
En la música de los buses Celia Cruz canta: “Soy feliz,
soy feliz en la navidad...”
y un pasajero sentado carga un carro grande
y una muñeca también grande y es feliz
como un niño
Dentro de poco se habrá ido el año y todos
estaremos tristes.

Esta es la cuestión

Debo decir que me placen
la lisa ternura de este, un cielo sin huellas
las gotas de lluvia, como hebras en invierno
—Contemplarlas. Desde la ventanilla de un bus
por ejemplo—
La vigilia de los árboles en un solo pie
y húmedos —en invierno también—
Sin embargo, detrás de mis árboles insomnes
no todo es cristal y luna
Esta es la cuestión.

Alegría de los muros

Pero también en las sombras
se tejen poemas
Cantos de noche y sigilo
que visten los muros
Paredones sin sueño
que aprenden el lenguaje
de manos urgentes y nocturnas
y de pronto, de pronto
al doblar una esquina
nos asombran con sus voces:
¡Viva el 1o. de Mayo!
¡Viva la clase obrera!

Pedro Blas Julio Romero

Hace dos años Pedro Blas no escribía. O lo hacía muy poco. Andaba al garete, metido por buena o mala suerte de marino en un barco que zarpaba sin horas y estaba hoy en Guayana y mañana en Panamá. Después de mucho tiempo y cuando se asomaba al mar y una bandada de gaviotas le hacía elevar, para mirarles el paso, su frente trunca de marroquí y sus ojos que en el descalabro de la distancia parecían mirar siempre la tarde, y luego bajarlos al mar despacioso, se acordaba sin remedio de Getsemaní, el barrio negro de Cartagena, donde la noche se arremolina desde temprano en la axila de los zaguanes y donde él ha visto desde pequeño cantar y recordar como una obsesión diaria y para siempre, al son pródigo y chacotero de Las Antillas, la revuelta independentista de 1811.

Pensando tal vez en la Plaza del Pozo, en algunas sombras que entrecruzan en la medianoche de la Media Luna los silenciosos bailadores de salsa en el último resuello de la madrugada, en los obreros de Mamonal –sus principales amigos– que tenían en su ojeriza sabia guardadas las rutas del coraje, o en los viejos pescadores que miran cómo canturrea el agua del Muelle de los Pegasos un bolero de Rolando Laserie, o en tantas cosas y tantas que habían sido no sólo parte importante de su libro (*Las cartas del soldado desconocido*, publicado en 1971) sino que lo seguían siendo de su vida, Pedro Blas amaneció un día sentado en el Parque Centenario, mirando el amanecer de la ciudad embanderado y límpido en el grito de las palenqueras.

Yo lo vi al día siguiente. Había perdido parte del encanto de los recuerdos. Estaba sentado y desvalido, sin mérito alguno en la mirada, torciendo sus manos de buhonero apremiado. Era el mediodía y el hambre. Miraba pasar a los empleados desde su mesa y a los viejos, de poltronería, a esa hora.

Alguien hablaba sin pena alguna, en una mesa próxima, de los logros de institutos y secretarías locales en materia cultural. Era una cantaleta antológica, aliñada con cuentecitos de sigilo y carcajadas de cascabeleo. Sin yo poderlo prever, Pedro Blas se levantó. Miré que se dirigía hacia aquella mesa con pasitos cortos y seguidos y se comenzaron a desatar voces de algarabía, pero hablaba únicamente él.

Farsante –decía– ya no te basta con el arte. Ahora te tiras también el mediodía de los humildes.

Salí detrás de él, mientras masticaba en murmullos de rabia sorda algo así como que él había dejado a los tamboreros más grandes del mundo en Trinidad

para venir a oírle salmos a los oficinistas de doña Judith. Qué cambio, decía, esas vainas sólo me pasan a mí. Yo lo supe después; tenía a su mujer y a su madre enfermas, a su hijo con la palidez tortuosa de la anemia, y él se tenía sin empleo y con los buenos sitios llenos de indeseables.

No tenía derecho –me dijo– Y menos al mediodía

Desde entonces ha vuelto a escribir.

A estos poetas no los unen los pormenores de una angustia solitaria ni un prólogo de Cobo Borda. Además de su amor al pueblo que los hace confiar –con vigorosa paciencia en uno, como tempestad diaria en el otro– en el alcance de su voluntad unida, a estos poetas los une un tinto. Un tinto que sirve en el Café Colombia, con una ternura sigilosa, Celmira, una morena que, para fortuna de ellos, no sabe nada de Simone de Beauvoir ni de ecología. Sabe sólo de amistad.

Guajira

El camión de la Shell aún no ha llegado
como todos los días
con dos hombres cansados.

Las niñas en la tribu usan grandes borlas
sobre delicadas zapatillas.
Esta tarde han llegado gimiendo
sobre el puesto de guardia
con un puñado de cartuchos vacíos
—los de la matanza—
sus tacones son correíllas
la última fantasía italiana
las uñas de sus pies están pintadas
sus trajes que derrotaron a los conquistadores
permanecen ahora de luto.
Porque en la madrugada
se inclinaron sobre la arena
donde se habían desangrado sus esposos.

Unos sirios llegaron aquí
y hicieron tribu.
Llegaron en Gaz campero de las estepas
y apagaron todo con sus winchesters.

El camión de la Shell
llega por fin como un yanqui cansado.
Los dos hombres dicen:
Todo sucedió en el Bar López de Maicao.

(Tomado del libro Las cartas del soldado desconocido)

Rotundamente África

Rotundamente África
Desatada a la desnudez de su ébano
aullando algarabía hasta el Alto Nilo
por entre las espinas de Etiopía
correteando antílopes
venados de orejas muy largas

Inmensa África
Hermana de sobornado afro
con quien me beso
en todas las riberas del mundo
estás acampando junto al arrullo
de su dovul colonial
mientras tu abordada hija
pulida y apenada
camina asustada por América
Allá te la dejamos Mamá
allá la perdimos
entre aquella América distinta
con sus mismas calles y paredes
donde los hombres apuntan y sentencian
Aquella América distinta
de luto en sus mazmorras turísticas
y sus callejuelas inventadas
de piratería
Por allá en sus dientes simulados
te aislaron hermana y entre incómodas
sonrisas de catabre te criaste
mientras tu cara del soleado Senegal
escondes entre tus manazas sudanesas
sin escuchar la América de luto
sin atender su vocabulario de agricultores.
No sabías acaso que nuestras dentaduras
iluminan por entre el Real Central Park
de Nueva York
Rotundamente África
porque erigisteis a América
desde tus fatales balcones

y te encadenaron a remar nuestra tumba
pero así y todo sobre tumbeiros llegamos.

No olvidamos jamás que te encerraron
entre ladrillos húmedos y piedras negras
para que te acostaras con Toro Sentado
sobre lechos de gemidos,
algodones y alabamas

en un sur de pánico
y linchamientos.



UNA PÁGINA DE LU SIN

Texto inédito en español. Traducido del chino especialmente para *En tono menor*, por Alberto Matute y Danielle Bergeron.

TRES PLAGAS DE VERANO

Se acerca el verano. Tendremos entre nosotros tres plagas: sanguijuelas, moscas y mosquitos.

Si alguien me preguntase cuál de las tres prefiero y si tengo que nombrar una de ellas sin poder entregar una hoja en blanco, como en el caso de “Lecturas aconsejables para los jóvenes”, entonces mi respuesta será: las sanguijuelas. Pues, aunque las sanguijuelas son desagradables cuando le chupan a uno la sangre, la forma en que lo hacen, sin pronunciar palabra, es directa y franca. Los mosquitos son cosa distinta. Claro que su método de traspasar la piel puede considerarse bastante radical, pero, antes de picarlo a uno, insisten en hacer una larga perorata, que es por demás irritante; si lo que tratan de expresar son las razones que justifican el que tengan que alimentarse de sangre humana, entonces es todavía más irritante. Cómo me alegro de no comprender su lenguaje.

Cuando una liebre o un cervatillo cae en las manos de los hombres, trata siempre de escaparse. Sin embargo, las montañas y selvas están plagadas de águilas y halcones, y de tigres y lobos; por lo tanto, aquellas criaturas no se hallan necesariamente más a salvo allí que en las manos de los hombres. Entonces ¿por qué no escapan más bien hacia nosotros, sino que tratan de irse a las garras de las águilas, halcones, tigres y lobos? Tal vez sea porque éstos los tratan tal y como las sanguijuelas a nosotros. Cuando tienen hambre, agarran y comen sin tratar de justificarse ni acudir a artimañas dulzarronas. Y las víctimas no tienen que admitir primero que merecen ser comidas, que se sienten felices de que así sea y que por esa fe han de vivir y morir. Puesto que la humanidad se halla imbuida de este tipo de prácticas, las pequeñas criaturas prefieren el mal menor y huyen de los hombres tan pronto como pueden mostrando con ello su sabiduría.

Finalmente, cuando las moscas se posan, después de tanto zumbear y voltear, lo único que hacen es lamer un poco de sudor o de grasa; si hallan alguna herida o llaga, es obvio que hacen un poco más; y si caen sobre algo bueno, hermoso y limpio, tienen como norma depositar algo de sus excrementos. No

obstante, ya que lo único que hacen es lamer un poco de grasa o sudor, o dejar algo de sus excrementos, la gente de piel gruesa, que no siente ni los dolores agudos, las deja partir.

Los chinos no son aun conscientes de que las moscas pueden transmitir gérmenes nocivos; de ahí que la campaña para aniquilarlas no llegue probablemente a resultados muy positivos; las moscas llegarán a morirse de viejas y se multiplicarán aun más.

Pero, aparentemente, después de dejar su excremento sobre cosas que son buenas, hermosas y limpias, las moscas no voletean sobre lo que han hecho ni vuelan para reírse de lo que han ensuciado. Tienen al menos la suficiente decencia para no actuar así.

Hay caballeros, en el pasado y hoy mismo, que han insultado a los hombres tildándolos de bestias, pero, en realidad, hasta los insectos son, en muchos aspectos, dignos de modelos para los seres humanos.

4 de abril de 1925

RULFO Y LA HONESTIDAD DEL ESCRITOR

Pedro Badrán Padauí

El caso de Juan Rulfo es excepcional en la literatura hispanoamericana. El movimiento literario conocido como el *boom* latinoamericano no ha conocido otro escritor de tan escasa, pero excelente producción literaria.

Al hablar de Rulfo y de su obra se hace necesario abordar el problema de la honestidad de los escritores. (Hace poco –recordamos– Leopoldo Berdella, miembro fundador de El Túnel, denunciaba el afán publicitario que se viene presentando en ese grupo, el abandono del taller literario y la deficiente calidad de sus últimos trabajos. Lo importante es publicar, dicen algunos miembros; y para eso no importa la calidad de lo escrito. Total es verlo publicado...). Juan Rulfo es quizá el único escritor del *boom* que no es un profesional de la literatura. Trabaja en el Instituto de Antropología de México. Sus dos libros, *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), son dos pequeñas obras maestras en donde la belleza y la pureza que las caracterizan se advierten como fruto de un largo proceso de decantación.

Algunos críticos miopes afirman que el escritor mexicano no ha querido editar más obras para no poner en duda la grandeza lograda en sus obras anteriores. “Esta novela (*Pedro Páramo*) le ha dado a Rulfo una celebridad que no se ha atrevido a perturbar con la edición de otra que ya había anunciado antes: *La Cordillera*” (Galo René Pérez).

Pero lo que se presenta en Rulfo, y ahí está su excepcionalidad, no es el temor al fracaso sino la convicción honesta de que sus últimas creaciones no han sido lo suficientemente trabajadas para que puedan ver la luz. El escritor mejicano ha sido acosado muchas veces por los periodistas que le preguntan sobre el tema; y Rulfo ha respondido: “Es falta de consistencia. Lo que hago no la tiene (...) Me falta tiempo, tranquilidad, calma (...) Uno como escritor sabe cuando una cosa no le satisface...” (LD. Agosto 19-79).

La actitud de Rulfo es única en el *boom* latinoamericano. A Vargas Llosa, por ejemplo, no le importó el facilismo que caracteriza sus dos últimas novelas.

En realidad no deja de ser una atracción tentadora la posibilidad de sentirse autor de un libro; y con mayor razón, del primero. Es algo que satisface la vanidad propia. Neruda en sus memorias nos habla de la inmensa satisfacción

que sintió cuando el voraz editor le entregó *Crepusculario*. En nuestro medio literario, tan escaso de editores, la entrega de los manuscritos a un editor constituye el final feliz (?) de una cadena de infortunios y rechazos.

Sin embargo, lo que los escritores jóvenes deben comprender es que no hay que entregarse al narcisismo inmaduro de ver publicados trabajos que irrespetan a los lectores indefensos. Y tal vez también, algunos escritores de los llamados consagrados deben tener presente que el hecho de haber publicado obras celebradas no los habilita para lanzar a la luz cualquier cosa deficiente, con el simple ánimo de ganar dinero para la edición.

Para los dos casos, Juan Rulfo es un ejemplo de honestidad y seriedad.

LIBROS:

AÑOS DE FUGA

Mendoza García, Plinio Apuleyo. *Años de fuga*. Bogotá: Editorial Andes. 1979.

Jorge García Usta

Todo mundo la ha elogiado: es la fuerza de aquello que el mismo Plinio llamó despectivamente, en un tiempo menos propicio que éste, “juegos de azar”: los concursos. Amigos de toda la vida duplican cumplidos y comentarios. Y la venta crece. De las recomendaciones recibidas es inexplicable no encontrar las de Cobo Borda o las de Mejía Duque, —últimas palabras de la crítica—, uno más amigable que el otro y más ducho en el desplante elaborado, afinidad ésta de consideración con la novela.

La obra de Apuleyo, *Años de fuga*, ganadora del premio Plaza y Janés, es una desgarrada y tristísima novela referida a eso, a la fuga de un intelectual colombiano, Ernesto Melo, hacia París, abrumado por los entresijos sociales y la crudeza “poco literaria” de la vida nacional: a través de esto Ernesto Melo (en quien algunos amigos que conocen a fondo al autor de la novela y comparten seguramente con él el secreto encanto de la astrología reconocen al mismo Apuleyo) presenta el problema central de la novela: la función (ah, término molesto) del intelectual, la disyuntiva de apuro, vital y terminante ante su tiempo, ante su pueblo y ante su propia conciencia: esfuerzo y coraje, o fuga. El solitario Melo no tiene dudas ante la escogencia: opta por los aires primaverales del Arco del Triunfo.

Es de imaginar que esta joya de salidas que la novela atesora y dispone, no sutil, no veladamente, sino como propuesta, como invitación única y que constituye la apasionadísima cruzada de Melo no ha sido tomada en cuenta por los críticos. Dedicados todo el tiempo a hilar delgado, inocentes, con la “cobertura poética” y la “dimensión verbal”, no es de extrañar que todos hayan coincidido en afirmar que Apuleyo es todo un novelista; algunos, más afectuosos y familiares, han descubierto que la calidad del novelista tiene abiertas raíces hereditarias. Qué se le va hacer. Pesquisas de la crítica especializada.

Yo, Ernesto Melo

El relato de la historia ha sido siempre escollo tenaz para los novelistas. La grandeza está en asir con honestidad social el devenir de la realidad y su elaboración literaria, oficio de días y noches sudorosas. Apuleyo tiene en el empeño contrario a Álvarez Gardeazábal como dignísimo antecedente; su deliberada ambigüedad y el acomodo reiterado de los hechos sirve, en últimas, para justificar la actitud asumida por incontables colegas de Melo: la del auto-exilio, la de la evasión nunca realmente justificada y casi siempre defendida a contrapelo egoísta de la vida de los otros.

Después de contar apartes de su infancia y adolescencia y describir la militancia gaitanista (barriadas podridas, mítines que nada nuevo dicen, porteros y guarapos de asco) Melo nos muestra el curso de su vida: la actividad insurgente que no deja de ser un ensayo de díscolos y arrevolverados muchachos (con un porte impresionante de sicólogo Melo fija los caracteres, el callado, el ignorante, el conductor, el elocuente, el pensador); la dispersión y dificultades del “grupo de muchachos” por la infiltración de Valdivieso, miembro de la CIA y posterior mafioso (Vidales, el elocuente, lo intuyó todo cuando vio en Valdivieso, infeliz hijo de panaderos, aquel fenomenal reloj de oro); Melo, escritor de brillante futuro, participa en aquellas conspirativas reuniones (bueno, eso sugiere la novela...) con una sinceridad angelical, pero, desengañado, viaja a Francia nuevamente –oportunidad: un chárter barato, bien barato de la Alianza– a buscarse (recuerdos de juventud, claro) y se queda, “París siempre es París”; allá trastorna mujeres con la mirada y en las ondas –él es un impetuoso Aries– que sabiamente detecta, mujeres todas bellísimas y lesbianas casi todas, una lista para descrestar al subdesarrollado común (Oona, La Margy, Jacqueline, Minina, Julia, Cristina, María...) y pulveriza el récord del coronel Aureliano Buendía (un día se molesta cuando va a hacer el amor delante de una foto del comandante Castro Ruz; carajo, el hombre conserva sus principios...); pasa trabajos, está viejo, quiere escribir un libro sobre Camilo Torres pues él tiene la verdad del asunto; en una fiesta gloriosa se burla de una muchachita de izquierda que tiene espinillas en la cara (dato más que perturbador ante aquel séquito de cleopatras) y quien ha hecho el viaje hasta Francia para averiguar por qué el campesinado colombiano sigue alienado por los terratenientes, Melo, pasa un rato memorable burlándose del patito feo –merced a su honor fuera de serie– ante el hastío de los cisnes que quieren irse a batir alas al Katmandú, una selecta discoteca de lesbianas; se une a María, viven en Deya, playas rocosas y bellas, y ella intenta el suicidio pero no puede (primer intento); otra vez Melo “se tira” a Oona delante de

todos en casa de Viñas, amigo pintor, y María padece el escarnio público, pero termina tomándose el desquite con Bernhard y se lo cuenta a Melo mientras se le corre el *rimmel* de las pestañas, ante lo cual el irónico de Chainavaíta pierde al aplomo y llora en el *water closet* esa noche; la separación de Melo y la incompreensión de Bernhard la llevan fácilmente a la guadaña de Corín Tellado: suicidio con gas. No se piense que a todas estas Melo ha abdicado de su pasión inconformista. No, allí donde le agitan un trapo rojo él siente que lo apura el rebelde que todos llevamos dentro y traspasa fronteras con corazón henchido de optimismo. En Chile, por ejemplo, mientras él mira de cerca el proceso, Minina –la de turno– hace de las suyas con los jefes de la Unidad Popular. Al llegar el golpe, las embajadas florecen. Y a París. Porque ya se sabe “París siempre es París”. Qué de aventuras y suspensos los de esta historia.

La nueva novela rosa

Con todas estas características de novela rosa de los últimos tiempos (sexo en cuotas módicas, frustraciones gratuitas, marihuana, algo de ingenio, París, la nostalgia habilidosa, las boutades de desparpajo y la infaltable decepción por los cambios sociales) nada de extraño tiene que haya sido acogida con tanto entusiasmo. Ha venido a llenar una “zona de importancia”, un vacío que la literatura tradicional no había podido superar pese a los grotescos intentos de Álvarez Gardeazábal: la exaltación del intelectual que erige su suerte aislada, su pequeña soberbia, por encima de cualquier otro “problema terrenal”. A lo mejor por su propia experiencia, Apuleyo ha hecho la descripción detallada de este inteligente que vive en su país por accidente y juguetea a la rebeldía social con un entusiasmo enclenque, teórico. A la primera escaramuza, iza las velas y cruza el océano. Europa espera.

Ya el novelista había declarado en una mesa redonda con Gloria Zea y Cobo Borda, que la lejanía de la tierra natal no era óbice para su arraigo. Él podía asegurarlo con su exilio voluntario, la luz de la Place Clichy y su anterior y aparente simpatía por las transformaciones sociales. Ahora se sabe que era una frase más.

Sin embargo, el fenómeno no es nada nuevo. Como siempre, todo nos llega tarde (frase de las antiguas novelas rosa): hasta los devaneos de la intelectualidad por la evasión y estos *Años de fuga* llenos de medianía humana con los cuales Apuleyo le ganó la mano a otros tantos que suspiran por las biografías y vidas de los ernestos melos que en el mundo han sido.

Ya Mario Benedetti, uno de los grandes escritores del continente, sintetizaba los rasgos de la moda: “En los grandes mercados latinoamericanos del libro (fundamentalmente México, Buenos Aires, Caracas), potentes reflectores de la publicidad se dedican a enfocar a esos escritores que optaron por el exilio, la mayoría de las veces sin que ninguna persecución los forzara a ello. Lo curioso es que los grandes modelos del exilio no son los paraguayos obligados a vivir en Buenos Aires, ni los uruguayos forzados a residir en Chile... No, esos luchadores, transitoriamente desgajados de su hábitat, no tienen buena imagen para el mercado del consumo... Muy por el contrario, este prefiere enfocar al sonriente becario de la Guggenheim o al premiado *best seller* que, desde la *rive gauche*, pergeña comprometidos cuentos, novelas o poemas, a menudo inspirados en los cándidos compatriotas que corren sus riesgos, no precisamente literarios, en la patria lejana, sufriente, subdesarrollada”. Es decir, en la abrupta Chainavaita de Melo.

Y más adelante sigue el uruguayo (es difícil creer que no conozca a Apuleyo) comentando que ante las variaciones sustanciales operadas en la realidad latinoamericana –las exigencias sociales de los pueblos, cada vez más crecientes y decisivas– se abren dos caminos al escritor: “... A algunos el precio les pareció razonable (el de su compromiso); pero a otros les resultó excesivo; y retrocedieron despavoridos hacia su antigua, acogedora soledad. Mas, para su estupor, se hallaron con que aquella antigua soledad estaba poblada de gritos y reproches, de tajantes consignas y huéspedes importunos. Hay todavía en la América Latina unos cuantos escritores, algunos de ellos talentosos, que vagan errantes en busca de su soledad perdida. Y mientras a su vera los pueblos se revolucionan y los temas se enriquecen, ellos tratan con denuedo de enquistarse en su frustración, y sobre todo de convertir a ésta en obra maestra”.

Años de fuga fue publicada el año pasado. Benedetti escribió lo suyo en 1967. Una descripción profética admirable.



LELOUCH, UNA BUENA NOTICIA

Manuel Burgos Navarro

El suceso cinematográfico más destacado del mes de febrero fue la presentación de la película *El bueno y los malos* de Lelouch. Este director siempre es noticia. Sus películas llenas de ternura han despertado la crítica adversa y la más grande acogida desde *Un hombre y una mujer*.

La cinta que nos ocupa recuenta aspectos de la lucha de resistencia francesa, muchos de los cuales estaban inéditos. Es francés, pero no destila elogios ni descarga ofensas. Entiende que de la guerra todos intentaron sacar provecho y en la mayoría de las veces defender la propia subsistencia.

Tanto en la resistencia como en el interior de la Gestapo se infiltraron seres desorientados y temerosos que eran utilizados y utilizaban su nombre para sobrevivir. En medio de todo, una verdad indiscutible: los gánsteres eran más humanos y menos detestables que las fieras de la Gestapo, con Hitler a la cabeza. El tema de la guerra siempre ha sido adornado con imágenes truculentas, donde la sangre siempre es la protagonista. En Lelouch esa fórmula no funciona. La música es el más fiel reflejo de que algo anda mal; en las notas del piano se expresa el deseo de recordar tiempos idos y anhelos de días mejores. La música es sucedánea de la imagen y transcribe efectivamente la realidad.

No es una película netamente romántica, ni solo de guerra. Es una acabada muestra de honestidad histórica y artística. Hay datos claves que muestran un

profundo conocimiento de la “cuestión doméstica” de la Gestapo y el desarrollo de la resistencia. ¿Qué motivó el exterminio de millares de judíos?

Inicialmente existía un motivo poderoso: debía financiarse la conquista del mundo por Hitler. Y nada más fácil que confiscar y apropiarse de los bienes de ricos comerciantes semitas. Después fue Troya. Renoir, Van Gogh y otros pintores y obras de arte famosas hacían parte del botín. Todo desembocó en la gran depresión económica que hacía confundir los intereses de la mafia y el objetivo de la guerra.

Existe un hombre y un nombre muy ligado al cine de Lelouch: Francis Lai. Su música y su ternura han complementado el lenguaje de la vida, la guerra y el amor. La dualidad es evidente: el talento de Lelouch y la sutileza de Francis Lai. Esa unión poética es conveniente y convincente. Qué mejor representación de una época en crisis que las nostálgicas notas de un piano y el roce de los cuerpos buscando en la música y el baile la evasión y el olvido. Y es Francis Lai quien interpreta la ansiedad de los dedos en el piano y de las piernas entrelazadas. Cada ritmo un deseo y en ese deseo la agonía de un mundo hostil y confuso.

OPINIONES DE UN AFICIONADO*

Por considerarlo de especial importancia, reproducimos a continuación el comentario aparecido en el mes de marzo de 1978 (en la página cultural VOCES, en el periódico El Universal, a propósito del XVIII Festival de Cine, que refleja el criterio de Cine Arte Bolívar (1974 - 78) sobre dicho evento. El comentario lleva el título de

El Festival Internacional de Cine de Cartagena nació como una brillante fiesta social, en la que nuestra aristocracia provinciana y toda esa gentecita singularmente arribista encontró la posibilidad de codearse, en cocteles y demás agasajos, con una que otra celebridad del cine, con una que otra estrella. “El vulgo ignaro”, como siempre, excluido y condenado a la humillación de agolparse en el Camellón de los Mártires para observar el paso fugaz de las estrellas, y el lento, muy lento y emocionado de las damas y caballeros de Arcadia, elegantemente trajeados. Por lo demás ¿a quién le importaba el buen cine? ¿Y las mesas redondas? Es probable que a Alberto Sierra.

Más tarde, bendita circunstancia, las estrellas empezaron a ausentarse y, a pesar de los desesperados intentos de los organizadores, cada vez brillaban menos en el firmamento del festival. Hasta que, por fin, tocó remplazarlas por apagados luceros. Hubo un año en el que el más luminoso fue una mediocre *striptisera*: Eddy Williams.

Surgió entonces la imperiosa necesidad de buscar otro atractivo que costeara la fiesta, esta vez sin celebridades y sin desfiles. Nada mejor que convertir el festival en una muestra de cine pornográfico, generador de pingües ganancias en el mundo entero. Pero. . . ¿y el buen cine? Para contentar a Alberto Sierra y a otros cuantos fulanos se le pedía a Cinema Internacional que enviaran –lo que hacían gustosos– dos o tres películas “interesantes” que estuvieran en bodega a punto de ser presentadas en el país. Y así todos tan contentos. Los unos veían su “buen cine”, los otros disfrutaban de la pornografía y la “sociedad” y los organizadores sacaban adelante su rimbombante “único festival internacional de cine de América Latina”. Vanidad de vanidades.

Todo salía a pedir de boca. Sólo en el año de 1977, se les fue la mano a los señores directivos. El público terminó por indignarse al tener que saborear *Los 120 días de Saló* tras una larga maratón de lo más destacado y atrevido del porno europeo: *Exhibición*, *Emmanuelle*, *La gran comilona*, etc. Con razón Hugo de

Ávila dice que “bueno es culantro, pero no tanto”. Fue tal el entusiasmo de los organizadores por estas películas “desprejuiciadas”, y tal su desinterés por la proyección cultural del certamen, que mientras se publicitaron por todos los medios posibles los sugestivos títulos de los filmes mencionados, a Carlos Saura —uno de los grandes directores del cine contemporáneo— se le condenó a realizar una mesa redonda con tres gatos por falta de información. Es probable que, otra vez debido a una feliz circunstancia, nos hayamos salvado este año del alud pornográfico. El festival sufrió un bloqueo de Papá Noel: las grandes distribuidoras decidieron no enviar material fílmico y así el gran despreciado, el pordiosero al que apenas ayer le tiraban las puertas, se convirtió de la noche a la mañana en el primer invitado. “¡Chanfle! No contaban con mi astucia”. El cine latinoamericano pasó a primer plano, lástima que sólo en la propaganda. Tres películas importantes: las cubanas; cuatro venezolanas un poco menos malas que las colombianas, dos mexicanas y una peruana que no representan en absoluto el mejor cine joven de estos países, y las colombianas. Ni una sola película de Argentina, Brasil y Chile.

Dios ¡y a esto se le denomina “Muestra competitiva de Cine Latinoamericano” o “prevaleció el cine latinoamericano” y tantas otras expresiones falsas! En este festival lo único que ha prevalecido siempre es la mediocridad y la estrechez de criterio. Lo peor del caso es que estamos tan acostumbrados a esta triste parodia de festival que cualquier detalle, por insignificante que sea, nos parece extraordinario.

Por haber coincidido la impresión del periódico con el desarrollo del festival de cine, reservamos su balance para próxima edición.

En la mente 29

pedía a Cinema Internacional que enviaran lo que hacían gustosos o tres películas "interesantes" que estuvieran en bodega a punto de ser presentadas en el país. Y así todos tan contentos, los unos veían su "buen cine", los otros disfrutaban de la pornografía y la "locidad" y los organizadores sacaban adelante su rimbombante "único festival internacional de cine de América latina". Variedad de variedades.

Todo suya a pedir de boca. Sólo en el año de 1977, se les fue la mano a los señores directivos. El público terminó por indignarse al tener que soportar "Los 120 días de Saló" tras una larga maratón de lo más destacado y atrevido del porno europeo: "Exhibición", "Erna-nuelle", "La gran comilona", etc. Con razón: Rufo de Avila dice que "bueno es colombo, pero no tanto". Fue tal el entusiasmo de los organi-

zadores por estas películas "desprejuiciadas", y tal su desinterés por la proyección cultural del certamen, que mientras se publicitaban por todos los medios posibles les sugestivos títulos de los filmes mencionados, a Carlos Saura uno de los grandes directores del cine contemporáneo se le candeló a realizar una mesa redonda con tres gatos por falta de información. Es probable que, esta vez debido a una feliz circunstancia, nos haya mos salvado este año del alud pornográfico. El festival sufrió un bloqueo de Papa Noel: las grandes distribuidoras decidieron no enviar material fílmico y así el gran despreciado, el perdidoso que apenas ayer le tiraban las puertas, se convirtió de la noche a la mañana en el primer invitado. ("Charlie! No cantaban con mi actitud"). El cine latinoamericano pasó a primer plano, última que sólo en la propaganda. Tres películas importan-

tes: Las cubanas; cuatro venezolanas un poco menos malas que las colombianas, dos mexicanas y una peruana que no representan en absoluto el mejor cine joven de estos países, y las colombianas. Ni una sola película de Argentina, Brasil y Chile.

Dios ¡y a esto se le denomina "Muestra competitiva de Cine Latinoamericano" o "prevalencia del cine latinoamericano" y tantas otras expresiones falsas! En este festival lo único que ha prevalecido siempre es la mediocridad y la estrechez de criterio. Lo peor del caso es que estamos tan acostumbrados a esta triste parodia de festival que cualquier detalle, por insignificante que sea, nos parece extraordinario.

Por haber coincidido la impresión del periódico con el desarrollo del festival de cine, reservamos su balance para próxima edición.

LOTERIA DE BOLIVAR



\$ 5.000.000



USTED GANA Y NOSOTROS CUMPLIMOS